

Un árbol poco común

El rey Sirlandnis, monarca absoluto de la isla Gudilia, había decidido construir un nuevo y lujoso palacio en una extensión de tierra cercana al río. Los mejores arquitectos habían sido llamados para la construcción de una edificación real digna del monarca. El proyecto, de grandes proporciones y majestuosa estructura, estaba a punto de ser iniciado y al cabo de un año debería ser estrenado.

Los habitantes de Gudilia, que deberían haber estado satisfechos con el proyecto de tener ese nuevo y hermoso palacio embelleciendo su isla, no lo estaban. y eso por qué? Simplemente, había un problema: En todo el centro del terreno donde se iba a construir el palacio, estaba un árbol llamado Suner. Suner tenía varias centurias de existencia. Su tronco, muy ancho, medía varios metros de circunferencia. Sus raíces eran gruesas y largas, dirigiéndose en muchas direcciones en la profundidad de la tierra y dándole una fuerza que lo hacía prácticamente inamovible.

En las ramas de Suner, había multitud de nidos de pájaros de diferentes especies y casi se podía decir que Suner era un "árbol cantarín", pues todo el día sus voladores habitantes emitían alegres notas de diferentes timbres. Suner era el amigo de los niños, que habían colgado columpios en sus ramas y también jugaban corriendo a su alrededor lanzando gritos alegres. Los labriegos que trabajaban en la cercanía iban a hacer una siesta a la sombra de Suner, antes de regresar a sus labores después de la comida del mediodía. Suner embellecía el lugar con sus hermosas hojas lanceoladas y sus flores de un color lila pálido, de pétalos aterciopelados.

Al atardecer, nunca faltaba una parejita de enamorados, que fuese a refugiarse al abrigo de las miradas indiscretas, en la complicidad de Suner, para tomarse de las manos y decirse palabritas dulces. Suner exhalaba grandes cantidades de oxígeno, que

hacían el aire bien saludable para todos sus visitantes. Casi se podía que Suner era el amigo incondicional de toda la isla de Gudilia pero ahora sus días estaban contados. Para construir el nuevo palacio real, su tronco había de ser cortado y sus raíces serían sacadas de la tierra.

Hombres, mujeres y niños de Gudilia estaban tristes con el proyecto. Faltaban pocos días para la Navidad y para iniciarse la obra monumental, cuando uno de los habitantes, Elimey, decidió dirigirse al monarca para pedirle clemencia por la vida de Suner, solicitando que en lugar de cortarlo, fuese trasladado a otro lugar.

El rey Sirlandnis escuchó atentamente a Elimey y cuando este hubo terminado, le dijo: "Comprendo, Elimey, que los habitantes de Gudilia no quieran perder a Suner. Yo mismo quisiera conservarlo. Pero los arquitectos e ingenieros me hicieron desistir de ello. Suner está tan profundamente arraigado en la tierra y sus raíces se extienden en todas las direcciones en una longitud tal, que trasladar un árbol así costaría más dinero que la misma construcción del palacio real".

Elimey dijo entonces: "Nosotros sospechamos que así sería y entre todos los habitantes de Gudilia decidimos contribuir dando todos nuestros ahorros para costear el traslado de Suner y evitar su sacrificio".

El rey Sirlandnis estaba conmovido por el amor que los habitantes de Gudilia demostraban por su árbol y por la contribución que estaban dispuestos a hacer y dijo: "Entiendo que ustedes aman a Suner y quieren colaborar para que no sea sacrificado. No obstante, haría falta mucho más dinero que el que ustedes ofrecen para poderlo trasladar".

La princesa Vesnaya, hija mayor de Sirlandnis, había escuchado el diálogo entre su padre y Elimey. Vesnaya tenía largos cabellos negros y ojos color de la noche. Ella estaba admirando a

Elimey, que tenía el atrevimiento de venir a plantear una solución de supervivencia para el árbol Suner y de alegría para los habitantes de Gudilia. Sus ojos lanzaban destellos mientras miraban a Elimey y se iba acercando a los dos hombres.

Por último, Elimey notó la presencia de Vesnaya y quedó deslumbrado por su belleza. El sintió algo extraño que recorrió todo su ser cuando su mirada se cruzó con la de Vesnaya. Entonces, dirigiéndose a su padre, la princesa dijo: "Padre, he escuchado la petición de Elimey. Yo también quisiera que conserváramos a Suner.

Te ofrezco todas mis joyas, incluso mi corona para costear el traslado de nuestro querido árbol y evitar que lo perdamos. Suner es un ser vivo y como tal es más que valioso que cualquier joya".

Ante aquella proposición de su hija, Sirlandnis no encontró argumento para insistir en que Suner fuese sacrificado. Vesnaya se acercó a Elimey y tomándole la mano, le dijo: "Eres valiente y fuiste capaz de comunicarte con un monarca poderoso. Yo quisiera tener a mi lado a un hombre como tú".

Elimey replicó: "Vesnaya, fuiste tú quien obtuvo de tu padre el perdón para Suner. Que más quisiera yo que tener a mi lado una mujer así para toda la vida?" Ambos se miraron con dulzura y se abrazaron con amor. Así fue como se salvó el árbol Suner y todos los habitantes de Gudilia procedieron a adornarlo para que luciera como el más bello árbol de Navidad que jamás se hubiese visto.

Liliane Somogyi